

San Bartolomé



24 de agosto de 2024

Ap 21, 9-14

Sal 144

Jn 1, 45-51

P. Eduardo Suanzes, msps

El Evangelio nos relata la vocación de Natanael, que la tradición ha identificado con Bartolomé. Estamos en unos días, al principio del relato evangélico de Juan, en que Jesús está eligiendo a los que serán los suyos. Asistimos a la vocación de cinco de ellos. Estamos en un primer momento en las orillas del Jordán, donde bautizaba el Bautista, es decir, en el círculo de Juan el Bautista y, en el primer día, Juan y Andrés, ven a Jesús y se van con él, a donde él vivía, después que él los invitara: «*vengan y verán*»; al día siguiente, uno de estos, Andrés, hermano de Pedro, fue en busca de su hermano y lo presenta a Jesús. Al tercer día, salimos del contexto del Bautista y es el mismo Jesús quien viaja para Galilea a buscar a Felipe de Betsaida y le dijo: «*sígueme*»; y en este cuarto día es Felipe quien llama a Natanael, nuestro Bartolomé. Por tanto, Felipe y Natanael no pertenecen al entorno del Bautista. Un primer dato, pues, es que estos dos discípulos no han sido preparados por el Bautista como los otros tres.

Al llamar Felipe a Natanael¹ le dice que «*hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también los Profetas*». Esta identificación de Jesús que hace Felipe a Natanael, pensando que puede atraerlo, muestra que ambos se mueven en la esfera de las antiguas instituciones. Son israelitas adictos a la Ley que veneran la antigua Escritura, en la que ven el anuncio y la figura del Mesías que viene. Al poner el evangelista en boca de Felipe el plural («*hemos encontrado*») nos está revelando la mentalidad existente en un grupo de discípulos. Es decir: es el grupo de discípulos para los que Jesús, el Mesías, **de momento**, no representa novedad, es el continuador de la antigua tradición, en la que está retratado. Su misión será, por tanto, perfeccionar y llevar a término la antigua alianza. Estos discípulos, este grupo, que no lo han sido de Juan Bautista, no han percibido la ruptura con las instituciones que éste preconizaba como preparación a la llegada del Mesías. Embebidos de su tradición, conciben al Mesías como el modelo perfecto del justo según la Ley, su cumplidor exacto y el continuador de Moisés y el descrito por los profetas: un mesías restaurador de la monarquía, sucesor de David y renovador de las instituciones de la antigua alianza. Pero solo hasta ahí.

Por lo pronto, la reacción de Natanael es negativa. La conexión entre el Mesías y Nazaret le parece inverosímil. No se podía esperar un Mesías procedente de Galilea: una región periférica, alejada de Judá y de población mezclada.

Ante el escepticismo de Natanael, Felipe se remite a la experiencia. Le dice: «*ven a verlo*». Invita a Natanael con palabras casi iguales a las que usó Jesús para invitar a los dos discípulos de Juan a ver dónde vivía. Sin embargo, aquí la invitación se refiere a la persona, no al lugar. Los discípulos

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

de Juan, instruidos ya acerca de la persona de Jesús, pueden dar el segundo paso, ver dónde vive y quedarse a vivir con él, en la esfera del Espíritu. Los que no conocen a Jesús tienen primero que conocerlo. Nótese que Jesús nunca se define a sí mismo; el contacto con él irá haciendo comprender su persona. Aunque la idea que el discípulo se haga esté equivocada, él espera y los va instruyendo con el mismo desarrollo de los acontecimientos. En fin de cuentas, serán su muerte y su resurrección las que hagan comprender.

Al aceptar la invitación de Felipe, Natanael demuestra su deseo de ver cumplidas las promesas y está dispuesto a comprobar personalmente la afirmación de Felipe. Jesús, como hemos oído, toma la iniciativa y lo describe como un «*modelo de israelita*». La razón de esta alabanza es que en Natanael no hay falsedad. El sentido de esta frase quedará claro un poco después.

En efecto. El juicio positivo de Jesús deja perplejo a Natanael; «... ¡pero si no me conoce de nada!»,...« ¿*de qué me conoces?* La respuesta esta pregunta es, a primera vista, enigmática; **Jesús afirma haberlo elegido antes que Natanael lo conociese**. El llamamiento de Natanael no es en realidad obra de Felipe. Además, al decir Jesús que se fijó en Natanael cuando estaba bajo la higuera, lo confirma como figura de los israelitas fieles. Y aquí está la grandeza del personaje. ¿Por qué? Tenemos que saber que la mención de la higuera por parte de Jesús, que sigue a la afirmación «*verdadero israelita*», muestra que estas palabras aluden al profeta Oseas²: «*Como racimo en el desierto encontré a Israel, como en breva en la higuera me fijé en sus padres; pero ellos fueron a Baal, se consagraron a la ignominia y los amados de Dios se igualaron a los abominables*». En este pasaje describe el profeta dos épocas en la historia del pueblo: la de la elección y la de la apostasía. La calificación «*verdadero israelita* » que aplica Jesús a Natanael, el hombre sin falsedad, lo califica como uno que conserva la autenticidad de la primera época y no ha traicionado a su Dios. Así, como antiguamente escogió Dios al antiguo Israel, ahora Natanael, es decir, los israelitas fieles, han sido escogidos por Jesús para formar parte de su comunidad. Muestra Jesús su intención de integrar al verdadero Israel en la comunidad mesiánica, renovando la elección hecha por Dios antiguamente. Y esto es lo que la figura de Natanael, (= Bartolomé), significa: el Israel fiel integrado en la comunidad de Jesús.

Natanael responde calificando a Jesús de dos maneras que, sin embargo, están unidas: «*Tú eres el Hijo de Dios, tú eres rey de Israel*». La primera expresión había sido pronunciada por Juan Bautista, pero mientras éste la proponía como conclusión de la visión del Espíritu, para Natanael es solamente la premisa para otra conclusión: «*tú eres rey de Israel*». La misma frase adquiere, pues, un sentido diferente. Para Juan el Bautista, «*el Hijo de Dios*» significa el que posee la plenitud del Espíritu, el que realiza la presencia de Dios en la tierra. Para la segunda, la de Natanael, «*el Hijo de Dios*» representa, (como así se llamaba a los reyes de Israel, y en particular al rey mesiánico, según las categorías del Antiguo Testamento («*al descrito por Moisés en la Ley, y por los profetas*»)), es decir, el sucesor prometido a David, que efectuaría una salvación sociológica. El horizonte de Natanael es, todavía, más bien cortito...

Jesús calma su entusiasmo. «*Y le dijo: Sí, les lo aseguro: Verán el cielo quedar abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar por el hijo de Hombre*». La imagen usada por Jesús alude a la visión

² Os 9,10

de Jacob en Betel (Recordar que el nombre de Jacob, en ese mismo escenario fue cambiado por Israel); el relato es el siguiente: «Tuvo un sueño: Una rampa que arrancaba del suelo y tocaba el cielo con la cima. Los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. El Señor estaba en pie en lo alto y dijo: Yo soy el Señor, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac»³. Aquí, «Verán el cielo quedar abierto», indica que la comunicación de que él habla no será ocasional, sino permanente. El cielo es figura la esfera divina. El cielo permanentemente abierto significa, por tanto, la continua accesibilidad de Dios. El lugar de comunicación será la persona misma de Jesús. Así como Jacob/Israel no sabía que Dios se encontraba en aquel lugar, los discípulos representados por Natanael no saben aún que Jesús realiza la presencia de Dios entre los hombres. **Para dirigirse a este resto de Israel ha escogido Jesús precisamente una imagen que recuerda lo sucedido con el padre del pueblo**, Jacob/Israel. Jesús es la presencia de Dios entre los hombres. El no será rey de Israel dominando como los reyes de la historia, sino por la máxima realización del hombre, manifestando su amor-gloria con el don de su vida: la última señal en el evangelio de Juan: «mirarán al que traspasaron»⁴. El proyecto salvador de Dios no se basa en la realeza davídica, sino en la plenitud humana que se realiza en Dios: por eso es que Jesús se da el título de «el hijo del hombre».

³ Gn 18,12ss

⁴ Jn 19,37